

ETAPAS DE DUELO EN CONTEXTO DE PANDEMIA DESDE UN ENFOQUE PASTORAL

Daniel Neftalí Pavón Ramírez

Departamento de Teología

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Evangélica de El Salvador

danielkac361999@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-9818-9208>

Resumen

Las etapas de duelo se han vivido a través de la historia como diferentes manifestaciones culturales que identifican a cada pueblo o comunidad. Y, muchas de estas etapas, van acompañadas de un fuerte componente ritual y religioso. Muchas de estas tradiciones ritualistas de duelo han sido modelos de fortaleza y esperanza cuando se pierde a causa de la muerte a un ser querido, bajo esta perspectiva la pastoral debe cumplir un papel muy relevante con las personas o familias que han perdido y siguen perdiendo a sus seres queridos a causa de la pandemia del coronavirus COVID-19. A causa de las medidas decretadas como emergencia sanitaria de la Organización Mundial para la Salud, esta crisis sanitaria exigió al mismo tiempo la modi-

ficación de las etapas de duelo en esta etapa atípica de dolor, muerte y separación. En este sentido la Iglesia a través de la pastoral está enfrentando un desafío desigual para acompañar a los dolientes de su comunidad de fe y de la sociedad misma.

Palabras clave: Ritos, duelo, pandemia, pastoral, iglesia, El Salvador.

Abstract

The stages of mourning have been lived through history as different cultural manifestations that identify each town or community, many of these stages are ac-

accompanied by a strong ritual and religious component. Many of these ritualistic mourning traditions have been models of strength and hope when a loved one is lost due to death; under this perspective, pastoral care must play a very relevant role with the people or families who have lost and continue to lose loved ones because of the COVID-19 Coronavirus Pandemic, because of the measures decreed as a health emergency by the World Health Organization, the health crisis demanded at the same time the modification of the stages of mourning in this atypical stage of pain, death, and separation. In this sense, the Church, through pastoral care, is facing an unequal challenge to accompany the suffering of her community of faith and of society itself.

Introducción

Los países de tradición cristiana se han visto en la necesidad de modificar sus ritos fúnebres y sus etapas de duelo en el contexto de la pandemia del coronavirus (Covid-19). Ya de por sí en las últimas décadas se han relegado los sentimientos de la pérdida de un ser querido, por ejemplo, las empresas alemanas de cremación en la ciudad de México convierten las cenizas del fallecido en un anillo o diamante de carbono para perpetuar la memoria del fallecido (Sladogna, 2006) materializando de esta manera el dolor. En otras palabras, el tema de la muerte: se pasó

del sistema de la muerte «natural» proporcionada por Dios (“Dios se lo llevo”; “Dios así lo quiso”) acompañada por el régimen de la culpa a cargo del doliente (“Se murió por mi culpa, no hice lo suficiente para evitarlo”) a un sistema insensible o deshumanizado.

Para el psicólogo Alberto Sladogna (2006) la condición humana no solo requiere de los ritos de nacimiento, del despliegue de las formas de inserción en la vida social –ritos de pasajes- también incluyen los rituales humanos de la muerte (p.6). En ese sentido, en primer lugar explicamos las perspectivas de la muerte y duelo en la tradición semítica, como segundo punto se describe el duelo en las familias elitistas del Mediterráneo a fin de comprender su influencia en las prácticas del duelo en el Nuevo Testamento; como tercer punto hace un esbozo de como las culturas indígenas trataban la muerte, su influencia en la cultura salvadoreña, comprendiendo de esta manera la importancia de vivir de manera adecuada y en su tiempo pertinente las etapas de duelo, finalmente, se tratan las etapas de duelo y sus modificaciones en contexto de pandemia del Coronavirus COVID-19.

1. La muerte y duelo en la tradición semítica

Hemos de entender por tradición semítica a todos los pueblos o habitantes de [Aram](#), [Asi-](#)

ria, Babilonia, Siria, Canaán —incluidos los hebreos— y Fenicia (Schlözer, 1781). En ese sentido los escritos de la Biblia hebrea nos proporcionan los primeros indicios de cómo se comprendía la muerte en sus contextos:

Formó, pues, El SEÑOR Dios al hombre [del] polvo de la tierra, y sopló en su nariz [el] aliento de vida; y fue el hombre un alma viviente (Génesis 2:7, RV2000).

Así la muerte es el abandono del aliento vital que Dios ha insuflado (nefesh) del cuerpo, en otras palabras, por el solo hecho de vivir ha de morir. El judaísmo rodeó la muerte de prácticas que son un delicado respeto por el moribundo, una honda preocupación por su familia y la afirmación de los principios básicos religiosos. La mayoría de sus prácticas constituyen una forma de acercamiento psicoterapéutico al dolor y, como tales, están destinadas a no negar la muerte, a aceptarla sanamente (Adler, 2008). Pero ¿cómo aceptar la muerte? Si a través de los tiempos todas las culturas han buscado una salida mediata para enfrentar el dolor o descubrir ¿Qué hay más allá de la muerte? De esta forma es como encontramos las diferentes maneras de cómo afrontar el luto, desde las lágrimas, desgarramiento de vestiduras, rapamiento masculino, entre otros rituales. La problemática entonces no radica

solamente en la pérdida de un ser querido sino en la comprensión de ¿en qué tiempo llegará la muerte? ¿y qué es la muerte en sí? Esta situación la define muy bien el Qohelet (Eclesiastés):

Para todas las cosas [hay] sazón, y toda voluntad debajo del cielo, [tiene su] tiempo [determinado]:

Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; (Eclesiastés 3:1-2, RV2000).

Lo que podemos analizar de esta tradición es que la muerte se ve como un ejercicio exhaustivo de un ciclo natural: si nacemos tenemos que morir. Se podría considerar que el tiempo de la muerte es esperado, pero en realidad este tiempo no responde a un posible rechazo o desprecio de la vida, bien lo define el libro de Eclesiastés en 9, 4-6: «Mientras uno sigue unido a todos los vivientes hay algo seguro, pues más vale perro vivo que león muerto. Porque los vivos saben que han de morir». Así para el autor del Qohelet todo es ambivalente, nada es absoluto ni seguro, todo es fugaz (hébel), de modo que la actitud fundamental para vivir bien es aferrarse a Dios aceptando el presente que Él da: si da gozo, gozar; si da tristeza, esperar que llegue el tiempo bueno que solo Dios conoce, pero también llega la muerte: «Todo tiene su tiempo» (Fernández, 1990). Otro elemento que se destaca es

el de «espera con los que han de morir posteriormente», de esa manera se tenía por costumbre comprar heredades o porciones de tierra que se convertían en lugares especiales de sepultura:

Y después de esto sepultó Abraham a Sara su mujer en la cueva de la heredad de Macpela enfrente de Mamre, que [es] Hebrón en la tierra de Canaán.

Y quedó la heredad y la cueva que en ella [había], de Abraham, en heredad de sepultura [comprada] de los hijos de Het (Génesis 23:19-20, RV2000)

Así la muerte se comprendía desde una perspectiva natural, se puede interpretar que la muerte se «celebra» como el momento de reunión con los ancestros; los que ya murieron estarán a la espera y los que han de morir se encontrarán con sus predecesores, aún más se le añadía un ritual de bendición patriarcal antes de morir, como lo vemos en el caso de Jacob con sus hijos:

Todos estos [fueron] las doce tribus de Israel: y esto [fue] lo que su padre les dijo, y los bendijo; a cada uno por su bendición los bendijo (v.28).

Y cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la cama, y expiró; y fue congregado con sus padres (v.33) (Génesis 49:28,33; RV2000).

Esta práctica la encontraremos a lo largo de la tradición de los patriarcas y algunos reyes, como el caso de David cuando se despide de su hijo Salomón (1° Reyes 2:1-9). También, el llanto y luto era otro ritual que iba acompañado del despido de un ser querido, las emociones no se podían privar, el pesar y la tristeza era común y se mostraba por medio de un periodo de tiempo no muy corto: «Y lloraron los hijos de Israel a Moisés en los campos de Moab treinta días; y así se cumplieron los días del lloro del luto de Moisés» (Dt. 34:8, RV2000). Encontramos que el proceso de luto era una expresión terapéutica para conservar la salud mental en medio del dolor, aceptando y no negando la muerte, un proceso de acompañamiento al trance doloroso, en otras palabras, un acercamiento terapéutico al pesar (Liebman, 1946). El tiempo prolongado del llanto (luto) acompañado de otros rituales tales como color de vestimenta, el no recorte de cabello y barba en los varones, comidas especiales, oraciones, privación de ciertas actividades durante los primeros siete (shivá), treinta días (Shloshim) y hasta un año (Toj Shaná), de manera más antigua vestirse de cilicio, rociarse con ceniza la cabeza o todo el cuerpo (Adler, 2008).

Ante esta tradición, la Licenciada en Filosofía con Mención en Lengua y Cultura Hebrea, Ana María Tapia-Adler (2008) define bien los primeros días de duelo:

La comunidad tenía un rol muy protagonista, en acompañamiento y empatía; los primeros tres días no se hablaba del tema con los dolientes, era hasta el cuarto día que se podía o permitía comentar sobre la pérdida del ser querido, en la casa del doliente no se cocinaba (Adler, 2008).

Como se puede notar a partir de la tradición hebrea, quien ha perdido un ser querido debe lamentarse, pero de manera sana y correcta, esto solo será posible si el tiempo de duelo ha sido el adecuado, si la comunidad supo acompañar y si los procesos rituales de dolor y llanto se expresaron como emociones naturales de sinceridad y desahogo. Todo este proceso fue muy bien entendido en el contexto del Israel del Antiguo Testamento y nos pone en la palestra de la realidad contemporánea un gran desafío: ¿Cómo se viven las etapas de duelo en contextos de pandemia? ¿Se concibe la muerte como algo natural, de causal violenta o reducción demográfica? Pero, antes de esto, no se puede pasar por alto como se enfrentaba el duelo en los pueblos vecinos a Israel.

2. El duelo en las familias elitistas del mediterráneo y su influencia en el nuevo testamento

Se destaca a través de la historia el elemento de estatus social para enfrentar el duelo, no era lo mismo una familia pobre que una familia aristocrática, terrateniente o perteneciente a la monarquía. Por ejemplo, nos encontramos en la cultura egipcia las «plañideras» que eran llamadas para llorar en los entierros, la palabra se deriva de «plañir»: gemir, sollozar o llorar. A su vez, este vocablo proviene del latín «plangere»: llorar, lamentarse aparatosamente, golpear en señal de dolor. Es una de las prácticas funerarias más antiguas, en las que la llorona se convierte en una especie de actriz trágica, una profesional en los rituales de duelo (Valtierra, 2014).

El objetivo era hacer público el dolor de las familias del difunto, pero, además, era mostrar el estatus social, dado que estas mujeres como niñas, –se consideró una profesión femenino-familiar– recibían remuneración. En otras palabras, este proceso de luto no lo podían mostrar las familias pobres. La historiadora Ana Valtierra define a las plañideras como seres psico-pompos, que con sus lágrimas y cánticos preparaban el paso del difunto al otro mundo. En otras palabras, el rito de duelo se fue materializando –otros

lloraban por mi duelo— y el dolor diluyendo hasta categorías mínimas de emociones personales y familiares. El duelo dejó de ser dolor y se convirtió en mito, paso de una emoción a un estado elitista.

Los israelitas, los griegos y romanos también tuvieron esta práctica. El profeta Jeremías lo identifica:

Así dijo el SEÑOR de los ejércitos:
Considerad con atención, y llamad
endecheras [plañideras] que vengan;
y enviad por las sabias que vengan;
(Jeremías 9:17, RV2000)

El profeta Jeremías destaca muy bien que las plañideras expresen dolor, grito y lamento y sean llamadas estas profesionales del luto, para que se lamenten sobre Israel, por lo tanto el estado espiritual de los habitantes de Judá era tan insensible que les era mejor «pagar» por el duelo. Deseo también rescatar el aspecto del «estado espiritual» de las personas, que también tiene que ver con los ritos de duelo, ya que, no podemos pasar por alto que cada cultura manifiesta sus emociones de diferentes maneras; así nos encontramos con las etapas de duelo en el Nuevo Testamento, dado que el lamento de las mujeres sigue vigente, como lo plantea Rafael Aguirre (2013):

Los estudios sobre lamentos, antiguos y modernos ponen de manifies-

to la existencia y la continuidad de unos rasgos literarios [...] muestran la persistencia de un lenguaje utilizado por las mujeres para vivir y elaborar la experiencia de dolor, de la muerte y separación. También funciones sociales y comunitarias, pues elaboran para el grupo la pérdida de la persona difunta, mantienen vivo su recuerdo y su presencia, reivindicando su historia y, en ocasiones denuncian las injusticias que sufrió en vida. (Aguirre, 2013)

Se podría interpretar que para Aguirre el lamento de las plañideras se ha convertido ahora en un lamento de mujeres más consciente, las mujeres por ejemplo en el sepulcro de Jesús no solo han llegado a lamentarse sino añade Aguirre es un acto de recordar, rememorar con un tinte de denuncia y reivindicación, en tanto este lamento genera una conexión entre el pasado y el presente, entre los vivos y la persona fallecida (Aguirre, 2013. p.102).

Entonces, se puede deducir que el luto en el Nuevo Testamento presentado en los ritos de duelo de las mujeres, van tras la línea comunitaria de rememorar a los fallecidos, transfiriendo las lágrimas de un estado elitista a un estado de denuncia, justicia. Así para nuestros contextos, si retomamos los ritos de lamentos en las culturas del Mediterráneo y en los albores del Nuevo Testamento

mento, nos invita a ver la insensibilidad generada y promulgada por los capitalistas e imperialistas:

La ley no permite matar, pero permite dejar morir y llevar a las personas (y a la naturaleza) a situaciones en las cuales, aunque lenta o accidentalmente, están condenadas a morir (Jimenez, 2014).

Se podría considerar un cambio brusco de ideas, pero es que la pandemia actual no solo ha cambiado la forma de ver la vida, sino también de ver los ritos de duelo, donde el que muere por Covid-19 ya no recibe un sepelio con los ritos tradicionales, sino que, simplemente recibe un ritual de despedida minimizado, donde solo están presentes sus familiares más cercanos, o donde su misma familia solo participa en el sepelio de manera virtual, y en algunos casos solo se le envía a una fosa común preparada para los muertos por Covid-19, sin el adiós de sus seres queridos. Como se puede notar las etapas de duelo han sido reducidas a simples actos insensibles. En este sentido debemos replantear los ritos de despedida en el caso específico de las personas que mueren por Covid-19, siendo más realistas y enseñando desde la pastoral que, debido a la realidad que nos impide celebrar los ritos tradicionales, lo importante independientemente del ritual, es el recuerdo, el mantenerlos vivos

en nuestra memoria. Desde esta perspectiva, considero que los psicólogos y agentes de pastoral tienen una tarea muy desafiante, pero, en nuestro caso la pregunta sería ¿Qué se está realizando desde la pastoral? ¿debemos aceptar por antonomasia los nuevos modelos de duelo? ¿Qué se puede releer con el impacto de las muertes masivas a causa de la pandemia Covid-19? ¿es necesario vivir todas las etapas de duelo?

3. Las etapas de duelo en los pueblos indígenas y cultura salvadoreña

Los pueblos indígenas presentan una gama de prácticas de duelo con tintes muy pintorescos y una cultura funeraria que va desde la comprensión de vida o muerte hasta la interpretación cuerpo y ánima. Barbosa (2016) define que para los pueblos indígenas de Mesoamérica la muerte es el acto de traslado de la energía del que muere al que esta vivo, por ejemplo, cuando muere un animal que se utiliza como alimento, este traslada energía y vida a quien consume su carne. Por ende, en el pensamiento mesoamericano la totalidad de la persona no se extingue con la muerte, ya que su energía vital asume existencia en el ámbito sobrenatural (p.135). Es decir, las culturas indígenas no veían la muerte como un final, sino como un momento donde el ser humano pasa de una etapa más física corporal, a otra donde este se transforma, y como energía vital, mantie-

ne relaciones con este mundo y con otras dimensiones.

Ahora bien, lo que nos atañe es ¿Cómo vivían el dolor de la muerte? luego de su comprensión del traslado de energía. Para Diego de Landa (2003) el duelo estaba impregnado de la dualidad vida/muerte, la cultura funeraria estaba cimentada en esta dualidad:

La ofrenda de bienes alimenticios, velas, flores y aromas al difunto constituye una constante en las ceremonias funerarias, que significa la retroalimentación entre la vida y la muerte, como plantea la antigua concepción mesoamericana. Si la vida se alimenta de la muerte de otros seres, también la muerte se nutre de la vida mediante la capacidad de los difuntos de aprovechar simbólicamente las cualidades o atributos de los bienes mundanos. (Barbosa, 2016)

El duelo se vive como una acción comunitaria, y se destaca la conexión del fallecido y los vivos, donde las ofrendas de alimentos que ofrecían representan el buen recuerdo, la seguridad que el fallecido sigue entre ellos. Mientras que la comunidad viviente auxilia a los difuntos a través de la ritualidad funeraria –ofrendas, rezos, cantos, velaciones, conmemoraciones, etcétera–, la comunidad difunta corresponde a los vivientes con una función de tutela y apoyo, ya sea colaboran-

do en el buen desarrollo de los ciclos de la productividad agrícola o intercediendo ante las divinidades por el bienestar de la familia y la comunidad (Barbosa, 2016, p.139). Se podría decir que el dolor de la muerte se equilibra con la satisfacción de la productividad agrícola.

Debemos mencionar también, que los pueblos indígenas se vieron influenciados en tiempos de la colonia por las prácticas rituales de la península ibérica, con una marcada cristianización. Ya que en España existió desde los inicios del cristianismo la costumbre de inhumar a los difuntos en el interior de los templos. Arraigada esta costumbre en la Edad Media, sus formas devinieron de tal manera que pasó, en ocasiones, de tener lugar en las naves centrales de los templos a tener lugar en capillas privativas levantadas o sostenidas por los futuros ocupantes de sus sepulturas (Frey, 2013, p.168). De este sincretismo lo que se puede resaltar es la similitud elitista de enterramiento entre la monarquía ibérica y los caciques de los pueblos indígenas, ya que en los ritos funerarios y luto se observa una influencia mutua, entre el rito católico y las prácticas indígenas: el trasfondo de los novenarios, enflorar las tumbas, levantar el espíritu del fallecido, ofrendas de comida y bebida, velas y rezos, entre muchas otras prácticas.

Finalmente, se puede concluir que la cultura salvadoreña actual con respecto a los ritos y etapas de duelo son el reflejo de un influjo Ibérico-católico y pueblos indígenas, y en las últimas décadas de una marcada influencia de las iglesias evangélicas, las cuales han enseñado a nuestra cultura una ritualidad funeraria centrada en una liturgia donde predomina la Palabra y los himnos cuya letra aluden al más allá y al porvenir. En otras palabras, el rol eclesial y pastoral ha tomado mucha relevancia para afrontar la pérdida de un ser querido, las etapas de duelo son acompañadas y saturadas de prácticas religiosas, el llanto y el luto se vive a partir de la fe que promulga el difunto o las familias dolientes.

4. La importancia de las etapas de duelo y su transformación en contexto de pandemia COVID-19

La trascendencia de la vida va encaminada a comprender los componentes que rodean al ser: su procreación, su nacimiento, su cuidado y crecimiento, el desarrollo social, su reproducción, su vejez y su muerte. En nuestro caso, nos compete referirnos a los contextos de muerte, específicamente a las personas que de manera directa o indirecta forman parte del duelo cuando una persona fallece y sobre todo en las familias de fe cristiana:

a. Todo inicia con los preparativos para el funeral, es decir, la velación, velatorio o velorio: reunión o celebración

tradicional de los allegados y amigos del difunto en las horas que siguen a su muerte y antes de la inhumación del cadáver. Las velaciones son espacios que tienen un lugar importante en la salud mental de quienes están vinculados emocionalmente con quien fallece, tienen funciones psicológicas, sociales y simbólicas (Saravia, 2016).

b. El espacio del velatorio tiene mucho significado y valor simbólico, es la última noche o las últimas noches que el difunto estará en casa, de manera tradicional se prepara la sala principal, las flores, las veladoras, la comida, el rezador o rezadora –si es católico romano– el ataúd es según el nivel económico, la mortaja o vestimenta del difunto es muy importante, el día del entierro se hace una misa de cuerpo presente, lo sucede el novenario (Armenta, 2012). Si es cristiano evangélico, en algunos casos la casa es sustituida por el templo como lugar de velorio, se realizan actos cultivos con cánticos escatológicos, de resurrección y fortaleza, al mismo tiempo hay reflexiones bíblicas o predicas que hacen referencia a la esperanza de la resurrección, se comparten alimentos, y toda la comunidad de fe acompaña hasta la sepultura a la familia doliente.

Como se puede notar cada espacio, cada ritual o liturgia está impregnada de símbolo y resiliencia, de acompañamiento y empatía, sobre todo, de espiritualidad. Bien lo plantea Elisabeth Kübler-Ross (2004) psiquiatra y escritora suizo-estadounidense pionera en el campo de la investigación de las experiencias cercanas a la muerte, que las etapas de duelo pueden ser abordadas desde lo religioso (Rivera, 2019).

Para la psicología las etapas de duelo son: 1) Negación: Esto no me puede suceder a mí; 2) Ira: ¿Por qué yo?; 3) Negociación: La frase que resume esta etapa es «¿Qué hubiera sucedido si...?»; 4) Depresión: No seré capaz de hacer las cosas que había planeado; 5) Aceptación: Termina la lucha y se sienten serenos, cansados, débiles, duermen mucho, tranquilos y resignados (Herrera, 2008). No se trata de definir cuanto es el tiempo de duelo, sino la consideración eficaz de haber completado todas las etapas de duelo, un punto de referencia de un duelo acabado es cuando la persona es capaz de pensar sin dolor en el fallecido, cuando la persona puede volver a invertir sus emociones en la vida y en los vivos (Meza, García, *et al.*, 2008).

Desde la psicología se destaca que al afrontar las diferentes etapas de duelo, se puede analizar también que tipo de duelo se ha vivido: duelo complicado o patológico, duelo anticipado, preduelo, duelo negado o duelo crónico. Esta clasificación nos exige respon-

der las siguientes interrogantes: ¿se han vivido adecuadamente las etapas de duelo en los contextos de pandemia Covid-19? ¿Qué rol que debe tomar la “pastoral” con los diferentes tipos de duelo?

La pandemia de Covid-19 sorprendió a extraños y especialistas, de un día a otro la normalidad del mundo se vio afectada de manera directa: comercio, industria, deportes, educación, banca, turismo y religión tomaron en la indiscutible decisión de hacer un alto. El resultado fue y sigue siendo abrumador, la muerte reinó en un mundo de salud vulnerable, los ancianos y adultos mayores fueron el blanco perfecto de tal vulnerabilidad y así las membranas sensibles del dolor y luto rodearon nuestras sociedades y familias. Las sirenas de las ambulancias se convirtieron en el atalaya del dolor y muerte, las palpitaciones del corazón aumentaron y siguen aumentando ante tal sonoridad, los estornudos se volvieron manifestaciones de miedo y marginación, la incertidumbre y miedo rodeo a la sociedad entera y, sobre todo, habían más preguntas que respuestas. Podríamos decir que la muerte comenzó a tocar nuestras puertas, lo más duro ante esta situación es que la sociedad se resguardó física y psicológicamente, no se aceptó mentalmente que la muerte robarara la vida de tantas personas y no poderlos despedir con actos funebres.

En este sentido, el contagio eminente requirió de protocolos de salud extremos con las muertes masivas y esto llevó a un efecto secundario, que consistió en modificar los ritos y las etapas de duelo: las personas no tuvieron tiempo de despedirse, no hubo ceremonias o velorios, los ritos fúnebres como escoger el féretro y la mortaja, tenerlo en casa o templo por última vez, llevar las flores preferidas, cantar sus canciones o alabanzas preferidas, realizar ceremonias fúnebres en los cementerios como el expresar en público lo valioso que fue la persona en vida, recibir las condolencias de manera presencial, acompañar a los dolientes, entre otros.

Todo lo anterior hizo que la primera etapa de duelo se encarnara de manera más profunda, se podría decir que la etapa de la negación generó situaciones de culpa, el duelo llegó por sorpresa y no se comprendía ¿Por qué está pasando esto en mi familia? Pobres, ricos, profesionales, personas de fe y agnósticos, famosos y marginados, a sus dolientes no les dieron la sepultura adecuada, potenciando las crisis emocionales o limitación de apoyo social, que propició el tener que asumir en soledad el dolor y la tristeza del fallecimiento; limitando las posibilidades para reconocer la realidad de la muerte, recordar los recuerdos de quien fallece, compartir el dolor con los demás; al no poder establecer el espacio presencial para recibir apoyo y solidaridad por parte de familiares y allegados en medio de los

rituales funerarios y religiosos comunes en estas circunstancias. La etapa de la ira por consiguiente fue afectada ¿el por qué? mi abuelo, mi pastor, mi padre o madre, mis hijos tuvieron que morir en el abandono; los doctores y enfermeras se convirtieron en testigos de las últimas expresiones de vida y el sigilo sustituyó a las memorias orales, entre otras expresiones. Pero las etapas más afectadas fueron la *negociación*, *depresión* y *aceptación*. Los ritos de muerte se modificaron, las tradiciones ancestrales y de preeminencia cultural de los pueblos y la fe fueron sustituidas por acciones insensibles, desconocidos dieron el último adiós, sepulturas comunes se compartieron, los ritos fúnebres se desvanecieron, se ahogaron los cánticos de esperanza en las gargantas, las frases «estamos contigo, cuanto lo siento» se definieron por su lejanía, las tertulias entre amigos y familiares en referencia al difunto se cambiaron por el silencio o incertidumbre de ¿Quién sería el próximo en morir? El pánico ganó terreno, y así de esa manera el duelo «crónico» «inhibido o negado» tomó fuerzas en el seno de los dolientes, el estado depresivo, en consecuencia, el dolor y la pena como expresiones de duelo no han sido liberadas ni tratadas como es debido.

En este contexto debemos acudir a las palabras de Pablo:

Tampoco, hermanos, queremos que ignoréis acerca de los que duermen. Que no os entristezcáis como los otros

que no tienen esperanza (1ª Tes.4:13, RV2000).

Cuando Pablo se refiere a «hermanos» está pensando en una comunidad familiar, que debe acompañarse en estos momentos difíciles, asistirse y mostrar empatía. De la misma manera acude a la metáfora de «los que duermen» en referencia a la muerte como un acto de dormir, por ende si duermen tienen la esperanza de despertar; al mismo tiempo presenta una manera diferente de como afrontar la tristeza, para Pablo no se trata de negar las emociones, sino de fortalecerlas con la esperanza que aquellos que duermen —fallecidos— han de despertar en su debido momento.

Conclusiones

El dolor de la muerte fue, es y será uno de los misterios más grandes del ser humano, así lo expresa Eclesiastés: No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en [tal] guerra; ni la impiedad libraré al que la posee. (Ecl. 8;8, RV2000). Por lo tanto, una de las medidas paliativas a los contextos de muerte en estos precisos momentos debe ser el fortalecimiento de los valores espirituales y el acompañamiento profesional en las personas dolientes. De esta manera, se experimentará un alivio y se concretizará la esperanza tan anhelada como lo expresa el apóstol Pablo.

Es real que las etapas de duelo y sus respectivos rituales han sido modificados por la pandemia del Coronavirus COVID-19, pero, no se debe olvidar que el *lamento* es parte de las etapas de duelo, y esos lamentos mezclados con remordimiento, los cuales profundizan el dolor; deben ser modificados a fin de superar los sentimientos de culpa, por ejemplo, el no haber aprovechado bien los tiempos en vida con el fallecido.

La Iglesia con su pastoral está llamada a fortalecer los principios y valores familiares, no hemos de cansarnos en decir que es vida donde se muestra el amor, el cariño, el tiempo de calidad, los manjares, los colores, los espacios y paseos, las flores y bocadillos, las palabras lindas y poemas, la ropa y perfumes, el cariño y respeto, se honra en vida y no con lápidas o epitafios de mármol, es más valiosa la visita en vida que los tiempos apartados en las tumbas, se invierte en vida para que el ser querido lo disfrute y no con suntuosos nichos o tumbas. En otras palabras, si los ritos y etapas de duelo han sido modificados, también se deben modificar las perspectivas de vida, de familia, de comunidad, de Iglesia y de la sociedad misma, entonces que el distanciamiento social se sustituya por el acercamiento emocional.

Referencias consultadas

- Adler, A. M. (2008). Concepción de la muerte en el Judaísmo. *Revista Cultura y Religión*, 1-16.
- Aguire, R. (2013). *El Nuevo Testamento en su contexto*. Estella Navarra: EVD.
- Aguirre, J. (2013). *El Nuevo Testamento en su contexto*. Estella, Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Armenta, L. E. (2012). Las fases del ritual funerario en Acaxochitlán, Hidalgo. *Vita Brevis*, 39-47.
- Herrera, F. Z. (2008). *Introducción a la psicología*. México: Editorial Pearson.
- Jímenez, F. H. (2014). *Economía, vida humana y bien común, 25 gotitas de economía crítica*. San José, Costa Rica: Editorial Arlekin.
- Liebman, J. L. (1946). *Tranquilidad en el espíritu*. Chicago : Chicago Tribune Associated Press.
- Rivera, G. (3 de julio de julio de 2019). *Psicoactiva*. Obtenido de Las cinco etapas del duelo: www.youtube.com/watch?v=iDsj41pRy-k
- Saravia, N. S. (martes 6 de julio de 2016). *Antropología de la muerte: Ritos donde se llora, canta y ríe con la muerte*. Obtenido de Boletín Antropológico: www.redalyc.org/articulo.oa?id=71249541006
- Sladogna, A. (2006). La muerte en los tiempos de la Posmodernidad. *Revista Digital Universitaria UNAM*, 2-10.
- Valtierra, A. (2014). Las Plañideras, profesionales del llanto funerario. *Adiós Cultural*, 22-23.